



tendría España cuando para su consumo de grasas necesita más de 750.000 toneladas y su olivar le produce cerca de 400.000. Puede que alguno se beneficiase del arranque de los olivos que no pueden reponerse con la facilidad misma con que se les elimina.

A veces nos sorprende la típica publicidad consumista para convencernos de las virtudes de otras grasas vegetales o para señalarnos las ventajas de precio que reportan. Pocas veces nos hablan de las cualidades de nuestros aceites tradicionales, de sus condiciones de salubridad, de sus virtudes culinarias y de la auténtica economía que supone su utilización por rendimiento y eficacia.

Sería sumamente importante saber a qué se van a dedicar las tierras que hoy ocupan los olivos y qué mano de obra se iba a fijar en ella y qué rendimientos podría producir. Cualquier política agraria ha de plantearse la reestructuración de la población agrícola ante una transforma-

ción de la infraestructura y, nada de esto puede improvisarse.

Quizá estas voces de alarma respondan a las inquietudes que produce nuestro esfuerzo por entrar en el Mercado Común, que, por otra parte, se preocupa mucho más del problema social de sus poblaciones agrícolas que nosotros mismos. Hay en la defensa del olivar europeo un eminente deseo de defender una cultura y un modo de ser entrañables y un afán de superación y ayuda a este tipo de cultivos.

Conviene saber que el producto del olivar no es sólo para los propietarios y los trabajadores que de él dependen, también en esos pueblos de campiña y sierra miles de familias de artesanos, comerciantes y profesionales viven en esta economía.

La ecología, la cultura, los hombres necesitan de la concienciación de un país que es algo más que una negociación en un tiempo concreto y en una coyuntura económica. ■ J. M. LLENDEZ.

Salvo los estudiantes, que sólo van unos días a sacarse las perras precisas para poder largarse un mes al extranjero, los temporeros de la patata son de lo más miserable. Casi siempre van cargados con toda la familia, porque la mujer también puede trabajar, y no es cosa de dejar a los críos solos en el pueblo. Se recogen diariamente, entre marido y mujer, alrededor de 4.000 kilos de patata, mientras sus hijos, sucios y desescolarizados, corretean por calles y descampados, mirados casi siempre de reojo por los lustrosos hijos de los agricultores contratantes de mano de obra.

Alrededor de 80 céntimos se asegura un destajista cada vez que consigue recoger un kilo de patatas, y así va sumando hasta alcanzar las 1.500 pesetas que suelen sacarse cada día. No es mucho, si contamos que son unos pocos días al año; luego volverán a su tierra, y estirarán durante el resto del año el dinero ganado. A lo peor, al final, cuando el dinero se haya acabado, y tarden en llegar las limosnas que el Estado da para el "paro comunitario", tal vez entonces no tendrán siquiera para poder comprar un kilo de esas patatas que unos meses antes han recolectado ellos mismos. Mientras, el Estado andará

destruyendo miles de toneladas de ese producto.

Aparte del eterno problema de falta de planificación, la crisis de la patata arranca, en términos de economía clásica, de 1975. La cosecha de ese año no pudo "solaparse" —ligarse— con la temprana de 1976, y a finales de año había un importante déficit. Para cubrir en lo posible la demanda nacional se reducen las exportaciones en un 34 por 100 e incluso se importan 86.000 toneladas, mucho más que en años anteriores. La consecuencia más importante de todo ello fue que el precio medio percibido por los agricultores productores de patata se "disparase" en 1976, pasando de 7,43 a 10 pesetas. Esto a su vez provocó un aumento considerable de la superficie dedicada a la patata, y a principio de 1977 los problemas ya habían surgido: había superproducción, y los precios comenzaban a bajar. El Gobierno acusaba a los agricultores de haber abandonado ese año otros productos menos rentables para pasarse a la patata. Los campesinos riojanos pusieron entonces en marcha una batalla que desembocó en una de las más importantes "huelgas" de tractores de los últimos años, consiguiendo que, por lo menos, los precios no bajasen demasiado.

Un año más tarde, sin embargo, el problema se repetía. Y si en años anteriores al final todo pudo venderse, o exportarse, esta vez el asunto se ponía más negro, porque prácticamente en toda Europa ha habido superproducción. Desde principios de 1978, los agricultores comienzan una serie de negociaciones junto al Ministerio, que terminarán con la destrucción de varios miles de toneladas de patatas.

Aproximadamente, 5.000 toneladas de patatas han vuelto, en la Rioja, a la tierra de donde salieron. Pero no han vuelto cortadas en trozos para crear nuevas plantas, sino que han sido aplastadas y enterradas para que nadie recuerde siquiera que existieron varios miles de toneladas de patatas con las que no se sabía qué hacer porque ni siquiera el ganado las quería. Mientras, en muchos pueblos de España se está pasando hambre de la de verdad. ■ ARTEMIO J. BAIGORRI.

Toneladas de patatas destruidas

La patata es uno de los cultivos incluidos en ese círculo sobre el que, a lo largo del año, ruedan gita-

nos, manchegos, estudiantes, andaluces o extremeños en busca del cocido.



Unas cinco mil toneladas de patatas, que hubieran sido excelente alimento, han sido destruidas.